

FER.—Muy bien!

GRACIELA.—Yo también estoy de suerte!

FER.—Sí! Sí! Vamos!

Todos empiezan a irse poco a poco por la puerta del saloncito. Marcelo y Roberto se han quedado solos atrás.

MARCELO, a Roberto.—Dime ¿en dónde descubriste ese verso de la charada?

ROBERTO, sonriendo maliciosamente.—...Pues en Acuña.

MARCELO.—Hum ¿en qué parte?

ROBERTO.—Chico, creo que en ninguna parte.

MARCELO.—Deja en paz a esa pobre señora.

ROBERTO.—Vienes al baccarat con nosotros?

MARCELO.—No, me voy; no me parece bien que yo me sienta a jugar a la misma mesa que mi padre... Aunque en este bendito país no faltan papás que despluman a sus hijos, y viceversa.

Hasta mañana!

ROBERTO.—Hasta mañana!

Roberto se va por la misma puerta que los otros y sourte a don Andrés con quien tropieza en la parte visible del saloncito. Marcelo se dirige al salón, foro

ESCENA IX

DON ANDRÉS y MARCELO

D. ANDRÉS, a Marcelo, desde la entrada del saloncito, en voz alta.—Marcelo!

MARCELO, volviendo la cabeza se detiene.—¿Eres tú, papá? (*se devuelve, acercándose a don Andrés*). Suponía que estabas allá dentro, jugando.

D. ANDRÉS.—Pensé que tú llegarías allí, y no juzgué correcto hacerlo...

MARCELO.—Yo me voy... por qué no vuelves allá?... Así pasarás mejor la velada.

D. ANDRÉS, viendo el reloj.—A dónde vas tan temprano?

MARCELO.—A mi casa; tengo que trabajar.

D. ANDRÉS.—No te disuena eso de que un muchacho como tú, diga a su padre: «a mi casa?»

MARCELO.—Sí... en verdad... pero convén en que está peor que un hijo viva en la casa de sus padres, cuando en ella se le hace el vacío.

D. ANDRÉS.—Siempre procuré que en el hogar encontraras el mayor cariño y regalo.

MARCELO.—Bien lo sé, papá; pero esto tenía que suceder así, porque el hijo a quien tú quieres, el verdaderamente tuyo, casi ha desaparecido... Yo soy muy otro del que tú formaste... Para que al entrar pudieras reconocerme, necesitaría dejar mis ideas y mis sentimientos actuales a la puerta de tu casa...

D. ANDRÉS.—No sé... pero me figuro que tú hasta ahora no has comprendido lo que es un padre...

MARCELO.—Tal vez... Tú delineaste a tu manera mi personalidad, y yo he desfigurado la obra... al completarla, y sucede que ahora lo mío es ya más y por eso predomina en mí sobre lo tuyo... Mira, papá, nuestra lucha es del tiempo; los viejos desconfiáis de los jóvenes, y los jóvenes casi nunca creemos en vosotros... Yo vivo en mi época, con los ojos puestos en el futuro; tú, en la tradición. No podemos comprendernos: nuestra vida en común resultaría un anacronismo.

D. ANDRÉS.—No es mía la culpa, Marcelo. Quise que fueras como nuestros antepasados, como soy yo, como querría que fueran mis nietos: hombres sanos y sin las complicaciones enfermizas del siglo.

MARCELO.—Y yo te lo agradezco. Pero, ya ves, en esto el destino se ha burlado de tí y de mí...

D. ANDRÉS.—A pesar de todo lo que me dices, insisto en creer que haces mal en aislarte; es un milagro verte aquí; no te mezclas ni con los grandes ni con los pequeños; te alejas de todos ¡estás solo!... Veo venir el conflicto. Contra tí están el odio de los que te discuten y la envidia de los que no te perdonan tus virtudes; y también la indiferencia de los pequeños, a quienes ni buscas ni adulas.

MARCELO.—Tienes razón. No estoy ni con los unos ni con los otros. No quiero ascender de rodillas ni arrastrándome. Si me abro paso en la Vida, será a brazo partido!

ESCENA X

Dichos y ANGELA

ANGELA, que aparece por la puerta del saloncito. En alta voz, sonriendo.

Soberbio! Se han reconciliado el Gobierno y la Oposición!